

BOLETIN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

TOMO LXIV

JULIO-SEPTIEMBRE DE 1981

No. 255

VENEZUELA, DATOS BIOGRAFICOS DE ACOSTA C.
- ACOSTA C., DATOS BIOGRAFICOS

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE CECILIO ACOSTA

HUMANIDAD Y HUMANISMO FACETAS DE CECILIO ACOSTA

Por LUIS BELTRÁN GUERRERO

1. *Nacimiento*

Cecilio Acosta nació dentro de los lindes del Estado Miranda, en un pueblito de égloga de los muchos que decoran esta comarca, un primero de febrero; y fue bautizado el día tres del mismo mes y año de 1818, si hemos de creer a la partida de bautismo, suscrita por el párroco de San Diego de los Altos, Mariano Fernández Fortique . . .

Que si fuésemos a creer al Presbítero Martín Soto O., investigador posterior, nació nuestro escritor (porque el lugar que se sabe seguro es el del bautizo), en El Guayabo, y según otros, en Guásimo, en Culebrilla, en Guareguare . . .

No importa. El lugar de nacimiento de los hombres ilustres se discute, desde Homero, entre varias localidades. Por otra parte, el paisaje mirandino ofrece, aquí y allá, muestras de una naturaleza sedante y rumorosa, follaje cubierto por cendales de neblina, vecinos alcores, risueños arroyuelos, vacas familiares, césped sombreado que convida al plácido descanso, y cerca, la torrecica de una iglesia campesina cuyas campanas seguramente tienen nombres de mujeres. Naturaleza privilegiada, de excepción dentro de nuestro trópico, por clima y flora; recreo y apaciguamiento de nuestros sentidos; naturaleza que convida a confundirnos con ella misma, y luego, a mística elación. Naturaleza y Dios. El paisaje mismo perenne en la letra, de la Casita Blanca. El propio paisaje espiritual de Cecilio Acosta que, como en su dístico, "hojas dio al mundo y el perfume a Dios". Pero no nos detengamos más en el paisaje. Cualquiera que él sea, siempre será poco ante el hombre que produjo.

2. *Hojas dio al mundo*

Las hojas que dio al mundo son muchas y diversas, y no tan sólo las que se concretaron en la escritura, con ser éstas de tan hermosas coloración y urdimbre, y de tan rica savia, sino aún más las hojas más ejemplares todavía, con ser ejemplares

aquéllas, que nos muestran su actitud moral, la rectitud insobornable de su conciencia, la vida sin tacha que prefirió una pobreza digna a la comodidad sin honra, hasta el punto de que los gastos de su entierro se erogaron por suscripción amistosa. Aciago destino, para ellos o para la patria misma, ha seguido los pasos de nuestros mayores, lo proclamó Díaz Rodríguez: "Unos, Andrés Bello primero, en seguida Baralt, partieron a ser, con sus vidas y obras, médula, ornamento y gloria de otras patrias. Otros, como Fermín Toro, Juan Vicente González y Cecilio Acosta se resignaron al rescoldo escaso de un hogar mezquino y vivieron en la mediocridad y la estrechez, comiendo el "pan del pobre", hasta el melancólico apagarse de sus vidas ilustres".

No es deseable ciertamente el destino de los primeros. "Por más brillante que haya sido", pero tampoco es deseable "la parte ingrata que se encierra en el destino de los otros".

Lo único deseable es que el normal desenvolvimiento de las actividades nacionales, ofrezca apropiado escenario para una labor intelectual honrada y fecunda; que la obra del talento no sea tenida en menos que la simple artesanía; que el laboreo de la mente halle en la sociedad aprecio y relieve; que el artista no sea paria social ni esclavo de los poderosos; que el bienestar y reposo de los hombres de pensamiento sea visto como un derecho del oficio ductor que representan, y no como un gaje a cambio de paniaguadas ideas. Que la expresión de las ideas, cualesquiera que ellas sean, ha de ser siempre vivero orientador de las sociedades, luces del presente y del porvenir, cuyo aceite precisa renovarse; función social de las ideas tan necesaria y útil como el más práctico de los cometidos.

Prácticas y útiles por sobre todo fueron las ideas de Cecilio Acosta. Política de puertas abiertas para la inmigración predicó él, y si se hubiera acatado su doctrina, en su tiempo, tuviéramos un país con multiplicado número de habitantes, y transformado, con ventaja, étnica y culturalmente, su capital humano. Despreciamos entonces, y entrabamos, el sano contingente inmigratorio del trabajador campesino de Europa, y no nos vinimos a convencer de su necesidad sino muy tardíamente, cuando habían totalmente variado las circunstancias de allende, y los músculos que se nos ofrecían y ofrecen no son los robustos e incontaminados del labrador itálico o español de entonces, sino los gastados del baratijero de lengua, raza y religión diferentes; cuando se viene a nuestro país para especular con su moneda en alza, en pasantía de medro peregrino, sin la honrada convicción de reconstruir aquí una vida, al calor de un nuevo hogar y para fortalecer una nueva patria.

Propugnó Don Cecilio el establecimiento de sociedades cooperativas, y destacó el espíritu de solidaridad y de ahorro que engendran. Redactó un proyecto de Banco Agrícola que fue aprobado por el comercio. Exaltó el espíritu de industria, señalando cuanto le debía la grandeza de otras naciones. Prédica constante suya fue el ponernos como ejemplo el crecimiento de los pueblos anglosajones, por la solidez y regularidad de sus instituciones, por el progreso afincado en el trabajo constructivo, en la ciencia previsor, en la empresa creadora de nuevos bienes, en el oficio enaltecido y provechoso. Condenó los odios estériles, las luchas fratricidas. Prefirió la evolución pacífica, cimentada en el derecho, a la violencia destructora. Abogó porque en la base de la pirámide social se difundiera toda suerte de

luces, por la cultura popular que redimiera del hambre y del atraso: instrucción elemental, aprendizaje de oficios y artesanías, dominio de profesiones productivas, principalmente las mecánicas. “Prefiérase el escoplo al silogismo”, dijo. Censuró, por tanto, la Universidad como fábrica de académicos de saber obsoleto e inútil. “¿Hasta cuándo se ha de preferir el Nebrija, que da hambre, a la cartilla de las artes, que da pan, y las abstracciones del colegio a las realidades del taller?”. Y esto lo proclamaba quien sabía comparar los méritos de varios textos latinos, en vías de escoger uno adaptado a la enseñanza secundaria, quien se consolaba con Ovidio, y ennoblecía de clásica antigüedad el paisaje terruñero, al leer directamente a Virgilio.

¿Quién predicó con mayor seguridad y énfasis que él en favor de nuestra propia grandeza? Tan sólo le sobró buena sintaxis a su estilo, exceso hubo de perfección formal y de suavidad rumorosa en su expresión, le hizo falta acaso el brío bárbaro y la energía campechana y antigramatical de un Sarmiento para hacer partícipe a su pueblo de verdades tan redentoras. Es posible. Pero, para desgracia nuestra, los hombres como él no tuvieron en nuestro país, por entonces, posición directiva verdaderamente influyente, como sí la tuvieron en la Argentina, después de Rosas, los Mitre, Sarmiento y Avellaneda, los tres intelectuales, patriotas, y sucesivamente Presidentes de la República del Sur. Que la época en que le tocó vivir, como hombre maduro, fue de convulsiones sucesivas o de absolutismo, ambas cosas reñidas con su temperamento austero y recoleto, con sobra de virtudes privadas y públicas para no poder conjugarse con el ambiente. “La vida es obra” fue ciertamente su apotegma, pero no acción propia y personal, sino prédica para ejecución de los otros, y esos “otros” no existieron. La acción sólo era explicable en manos de contrapuestas figuras espirituales a la de nuestro Acosta, un Antonio Leocadio Guzmán, por ejemplo.

3. *Lo apolíneo y lo dionisiaco*

Nietzche, en *El Origen de la Tragedia* ha expuesto su teoría del complejo apolíneo-dionisiaco. “Habremos ganado mucho para la ciencia estética —dice Nietzche— cuando hayamos llegado, no sólo al atisbo, lógico, sino a la intuida seguridad inmediata de que el avance del arte está vinculado a la duplicación de lo apolíneo y lo dionisiaco, del mismo modo que la generación depende, de la duplicidad de los sexos, en continua lucha y conciliación periódica”. Y comenta C. G. Jung (*Tipos Psicológicos*): “Para caracterizar ambos instintos más acentuadamente, compara Nietzche los estados peculiares psicológicamente a que dan lugar con los estados de sueño y de embriaguez”.

El impulso apolíneo engendra el estado comparado al sueño, el dionisiaco es comparado a la embriaguez. Por “Sueño” entiende Nietzche esencialmente, según él mismo justifica, “íntima visión”, “bella apariencia del mundo de los sueños”. Apolo “imperera en la bella apariencia del íntimo mundo de la fantasía”, es “el dios de todas las potencias informadoras”. Es medida, número, delimitación y dominio de todo lo salvaje e insumiso. . . Lo dionisiaco, en cambio, es la libertad del instinto sin vallas, el estallido de la dynamis sin freno, de naturaleza animal y divina, de donde el que el hombre aparezca en el coro de Dionisos como sátiro, mitad dios y mitad chivo. . .

En lo dionisiaco, la dynamis creadora, la libido en forma de instinto, se apodera del individuo como objeto y se sirve de él como instrumento o expresión. Si ha de concebirse el ser natural como "obra de arte", entonces queda, ciertamente, el hombre, "en estado dionisiaco, convertido naturalmente, en obra de arte" . . .

Bello, Fermín Toro, Cecilio Acosta, están en la progenie apolínea de nuestros mayores: Bolívar, Juan Vicente González, Rufino Blanco Fombona, en la línea dionisiaca. Acosta es apolíneo en la expresión formal de su temperamento; basta con repasar ese estilo terso y pulquísimo, donde la idea central viene a aparecer a última hora, por entre meandros de perífrasis incidentales.

Asimismo conversaba Cecilio Acosta, aunque en su conversación regularmente monótona, sólo ocasionalmente manifestaba de improviso su talento. Que, a fe de su contemporáneo y amigo don Felipe Tejera, "repetía una frase hasta la saciedad y giraba alrededor de un pensamiento con aquellas idas y venidas, vueltas y revueltas de la famosa ardilla de Iriarte" . . .

Modesto, humilde como pocos, la ira le daba la noción de su propio valimiento. Cuando los rábulos criticaron su obra de codificador, prorrumpió: "Lo que yo digo, perdura". Estalla así el ciclotímico aguzado por la insania. Y cuando ha de defenderse de Antonio Leocadio Guzmán, quien le ataca con alevosía, en su réplica, una de las contadas ocasiones en que lo instintivo, lo dionisiaco, sobrepasa en él al ponderado equilibrio apolíneo de su mente, Cecilio Acosta pasa a ser, en sus propias manos un nombre, un objeto de arte.

Recordemos que llega a decir de sí mismo: "Cecilio Acosta ha sostenido siempre las doctrinas liberales, quiere gobierno de leyes, el ejercicio de todas las libertades, paga lo que debe, no engaña, no calumnia, no persigue, ha sido buen hijo, es buen hermano, buen ciudadano, buen amigo, y sólo enemigo de las tiranías, y por todo, universalmente querido y respetado en Venezuela, en el resto de América y en Europa, en donde, como en nuestro continente, tiene las más altas relaciones. . . ¿Pues no ves que Cecilio Acosta y malvado son vocablos que, como decía Mirabeau, aunque con diferente motivo, braman entre sí al verse juntos? . . . ¿Y no sabes que Cecilio Acosta tiene una vida sin manchas"?

Nunca hubiera querido él decir esas cosas tan justas de sí mismo, y las dijo, provocado por la injusticia, respondiendo a su carácter de introverso. La no realización de sus ideas, el vacío íntimo por su falta de actuación pública, su decepción por la inversión continua de valores, justo a su constante renunciamento por figurar en incómoda postura moral, irán agravando esa introversión hasta convertirla en neurosis. Los diagnósticos de su última enfermedad fueron: ataxia locomotriz, atrofia muscular progresiva, esclerosis de los cordones laterales, reblandecimiento cerebral. Lisandro Alvarado, uno de sus discípulos predilectos, de aquellos que lo rodeaban en su casita de Velásquez a Santa Rosalía, lo incluye entre los personajes venezolanos estudiados en su *Neurosis de Hombres Célebres de Venezuela*. Enlutado permanente, los delicados síntomas de su sensibilidad se agravaron en los últimos años por el alcohol. Era el único consuelo de aquel ilustre viudo de su madre, porque no conoció esposa, soltero y solitario esclarecido.

Innecesario resulta decir que ese varón, en la vida como en la obra, fue un humanista en la más amplia significación del concepto, por sobre dominar como dominaba las humanidades. Carlos Pereyra dice de él: "Nada de lo humano fue in-

diferente a Cecilio Acosta, y por interés humano simplemente, muy arriba de labores técnicas, cultivó el estudio de la Ley Internacional”. Pero aún más lapidaria, entre tantas otras igualmente definitivas sobre su personalidad, la frase de Martí: “Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo”. Hacer hombres es, precisamente, el supremo fin del humanismo educativo.

4. *La síntesis calificadora*

Resumía candor y bondad ingénitas. Sus juicios sobre los más claros varones de la nacionalidad, ni tuvieron ni tienen parangón en nuestras letras. Recordemos un párrafo de su discurso en la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras:

“Ah, ¡Si tal fuese! hallara yo entonces manera, con mano ya más firme y acertada, de derramar aquí y exponer a vuestra vista nuestros más ricos tesoros. Presentaría a Bello, el que lo supo todo, Virgilio sin Augusto y pintor de nuestra zona. Presentaría la zona suya bañada en luz y en rocío, émula de la del cielo. Presentaría a Vargas y a Cagigal, sumos sacerdotes de la ciencia. Presentaría a Bolívar, la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas; a Peña, rival de la elocuencia antigua; a Manuel Felipe de Tovar, varón ilustrado que llevó puesta siempre la armadura para el honor y el honor sin mancilla como fianza del deber; a Gual, inglés por escuela y americano por sentimiento; a Angel Quintero, hombre de líneas rectas, de voluntad incontrastable, y figura sublime de estadista; a los dos Limardos, padre e hijo, ornamentos ambos de la Patria, de las ciencias y de las letras y ambos pertenecientes (yo puedo decir) a una familia predestinada para la gloria; a Juan Vicente González, escritor de brillante colorido, el Tirteo de nuestra política y el Hércules de la polémica; a Avila, nuestro Basilio, especie de ángel con don de lenguas; a Toro, el gran pensador artista y el poeta filósofo; a José Hermenegildo García, pluma encarnada en el carácter y alma de romano con epidermis de acero; a los obispos Méndez y Talavera, controversista el uno y orador brillante el otro; a José María Rojas, generalizador profundo y publicista; a Andrés Eusebio Level, especie de urna en donde cabía todo lo bello; a Espinal, bizarro paladín de parlamento y político con el oído puesto siempre a la opinión; al doctor Arvelo, médico sagacísimo y oráculo del diagnóstico; a Porras, que por su inmensidad no podía reducirse a ninguna esfera científica y las invadía todas audaz; al doctor Cristóbal Mendoza, ilustre abogado, gran patricio y grande administrador; a José Luis Ramos, humanista como pocos; a Revenga, Santos Michelena y Francisco Aranda, vaciados en moldes para el gabinete, y el último de ellos, además, nacido para hablar en libro siempre. . .” No caben mayor panegírico ni más cabal concepto en una cláusula. Se le imitó mucho ciertamente en esta característica de su estilo, y fracasaron los imitadores.

Cómo, con un rasgo de su pluma, evoca Cecilio Acosta a todos los pro-hombres venezolanos, principalmente de la generación que inmediatamente le antecede, la que actuó en el período de la llamada oligarquía conservadora, de 1830 a 1846. Entonces hubiera podido él actuar, de haber nacido unos años antes, de acuerdo con su carácter e ideas. Porque Cecilio Acosta es liberal, pero liberal manchesteriano a la inglesa, que se confunde con el conservador progresista criollo, y no liberal amarillo en el sentido en que lo fueron otros venezolanos. Jamás podía

haber sido liberal banderizo que, so capa de fementidas doctrinas, apoyase omnímodos despotismos.

Veamos cómo reacciona en 1872, ante la situación política de España: “La raza latina es fácil, la pasión política inquieta, y la demagogia desapoderada y ambiciosa a tal punto en los pueblos inexpertos, que no hay malas ideas que no instigue, proyectos absurdos que no adopte, ni hogueras que no levante, para ver después sólo cenizas. La democracia así es un azote: viene el odio de razas o de gremios; la noche es para el conciliábulo, las calles para el tumulto, los congresos para el desorden y el gobierno para oprimir en nombre de una libertad que es la última palabra del último motín. Una nación en este estado da lástima; muchas veces sucede que tiene que verse toda tinta en sangre, antes de volver al buen sentido; como si el dolor fuese el único camino de la experiencia en la vida social”.

Así hablaba un verdadero liberal, un verdadero demócrata, profetizando siempre. Aquí y allá, en sus escritos, está el juicio definitivo sobre hombres, sucesos y teorías, pero, por desgracia, para la mayor receptividad permanente de nuestros pueblos, esos juicios están diseminados en artículos de actualidad, en comentarios sobre las cosas temporales y efímeras, a lo largo de los cinco tomos de sus *Obras Completas*, en la edición de *El Cojo* Cecilio Acosta, que tanto exaltó la fundación social del periódico en las sociedades modernas, pues que para él el periódico era el libro del pueblo, escribió siempre obedeciendo a los dictados de una urgencia momentánea. No pudo concentrarse su saber en obras de una sola unidad temática, concebidas, planeadas y realizadas como tales. Derecho Constitucional, Economía Política, Jurisprudencia Civil, Penal y Mercantil, Filosofía Jurídica, Religión, Política Hispanoamericana, Historia Patria, Arte Literario, Filología, todo en él es periodismo, alto periodismo. Pero se necesita desbrozar esos escritos de lo circunstancial, desglosar lo fundamental de sus conceptos, lo que tiene vigencia, hasta dejar desnudo y fecundante su pensamiento vivo. No importa que haya que recortar aquí, aderezar allá, imponer unos títulos nuevos a las materias separadas de un contexto, todo ha de ser obra de un buen editor, plenamente enterado de la obra cecilianiana, con conocimientos generales de su época para poner al pie algunas noticias históricas necesarias, con devoción por el artista y buen gusto para descomponer y recomponer su obra en el simple aspecto material.

Periodista, gran periodista, de aquéllos que tuvieron al periodismo como apostolado necesario en estas patrias americanas en formación, fue Cecilio Acosta. Por haberlo sido en tan alto grado, pendiente siempre de educar a sus conciudadanos, de desarrollar el sentimiento de la nacionalidad y de constituir una tradición, se resiente la unidad de sus tareas en prosa y la parvedad de su cosecha poética. Con todo, páginas numerosísimas suyas quedarán perpetuamente como de las más noblemente pensadas y con mayor perfección escritas, de cuántas se hayan producido en América. La perfección de su estilo es tanta, tanta la armoniosa blandura de su expresión acorde con su intimidad, que a veces llega a molestar nuestros estragados sentidos literarios de hoy. Es la misma monotonía de la perfección que Ortega, señalaba en Anatole France y en Gabriel Miró. Con todo, aún siendo sus versos casi siempre poesía de circunstancias (que muchas veces resulta la verdadera poesía, según Goethe), más bien de ocasión —versos de álbum, epigramas defensivos,

respuestas epistolares—, sin embargo, *La Casita Blanca*, el epitafio sobre la tumba de una niña, y algunos otros fragmentos, jamás podrán ser eliminados de una verdadera antología de la poesía nacional.

Algunas veces en crítica, sus convicciones y su candor desviaban su habitual exactitud: sea aquella ingenua piedad por Víctor Hugo, peligroso doctrinario, a quien, como escritor, posponía a Madame de Stael; sea aquel terror por Juan Jacobo y las gentes todas de la Enciclopedia; sea aquella desmedida apreciación de Walter Scott como novelista.

Murió Cecilio Acosta en Caracas el 8 de julio de 1881. Entonces, como en el dístico suyo, el perfume de su alma fué a Dios, que para él era Jesucristo, dentro del más estricto dogma de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. “Yo quiero acercarme a ese Dios, conversar con él, verle cara a cara, poseerle para siempre” . . . nos dijo, en un arrebató místico. Y luego de conciliar razón y fe en su deleitosa prosa, termina el creyente dogmático: “La Iglesia es siempre el camino, la verdad y la vida; la Iglesia es Jesucristo”.

Hojas dio al mundo y el perfume a Dios.

5. *Elogio de la mujer*

No penséis que nuestro Cecilio Acosta, aunque célibe, no haya pagado galante y justo tributo a la belleza femenil, y en particular, a las virtudes morales que adornan el alma femenina. Aparte de tantas páginas de álbumes, escribió un largo poema, del cual sólo conocemos fragmentos, dedicados a la mujer en general. Pero específicamente, la mujer venezolana le mereció esmerados delineamientos. “La belleza venezolana no es ni la muelle de los griegos, delicada sí, pero sensual; ni la varonil de los romanos. . . Los rasgos fisonómicos de nuestras mujeres, son especiales: tiene de la georgiana la hermosura, de la andaluza el atractivo picante, de la morisca las tintas misteriosas y el amor concentrado; y lo que es en cuanto a trato, es el que más seduce, y en cuanto a su voz, la que expresa mejor la música del alma” . . . Deliciosa página ciertamente ésta de nuestro estilista, antecesora de aquella otra, gallarda y límpida, de uno de sus discípulos, Gil Fortoul, sobre las mujeres de la emancipación. Acosta, quien predicó aquí ideas similares a las de Alberdi en la Argentina, fue como él soltero. “Gobernar es poblar”, fue el lema preferido de Alberdi y nuestro Acosta, en sus varios sermones sobre inmigración no dejó de insistir en esto mismo. Poblar, poblar, poblar. . . pero en esto fue en lo único en que ni el argentino ni el venezolano dieron buen ejemplo. La culpa quizás la tiene aquella morena que había fraguado en su imaginación, y que hubo de encontrar una tarde en una reunión social, como dechado perfecto, y en la realidad. “A poco la ví; nunca la había visto; pero era élla, porque el corazón, que es el profeta del alma, me lo dijo”. Y se detiene a pintarnos, con morosa delectación, los rasgos de su imperial morena, soñada en la fantasía, y tenida frente a sí, por un momento, en la realidad. Después, se incorpora al grupo en donde está la singular morena, ya le va a hablar el tímido Cecilio, pero, ¡oh desgracia!, no: “pasaron cosas en mí y pasaron otras en el grupo —nos confiesa—, que no son materia de

este artículo ni de otro, sino el secreto y caricias de mi alma". No intentemos develar el misterio de su corazón.

6. *Don Cecilio y la cacería*

Pocas instituciones como la Sociedad de Ciencias Naturales "La Salle", han logrado en nuestro país aumentar y revisar de tal modo los conocimientos científicos, y lo que es más, injertar vitalidad y entusiasmo humanos por la ciencia a un grupo numeroso de aficionados. Soy un humilde contribuyente, y pago con gusto y puntualidad el modesto estipendio. En el fondo, he deseado siempre ser un miembro activo, y codearme y conversar sobre ciencias de la naturaleza con Leandro Aristiguieta y Carlos Díaz Ungría, con Janis Roze o Miguel Schon. Pero no puedo aspirar a tanto; mi versación en el ramo es muy limitada. No paso de ser un aficionado recoleto y vulgar. A los Hermanos de la Salle, sin haber sido su discípulo, los admiro por el sentido y forma de su enseñanza: democrática, en el muy recto sentido de la palabra, en lo social; tolerante, en lo religioso. No olvidaré jamás el saber y la bondad del Hermano Juan; ni del Hermano Nectario María, sus expediciones arqueológicas por tierras de Lara. Que le han deparado al Estado un Museo tan rico en piezas de condición variada y original. Ni cómo olvidar, sobre todo, aquel único y maravilloso néctar del vino de semeruco, que los Hermanos de La Salle, en Barquisimeto, preparaban y obsequiaban con él al visitante. Alguna vez me he tropezado con uno de estos Hermanos de La Salle en algún barco que venía de Francia. Cada siete años, suelen hacer este viaje los Hermanos. Pero siempre regresan, luego de haber visitado a sus parientes, para amar y servir mejor a esta Venezuela, donde quieren dejar sus huesos, y eso que ellos han nacido y tienen sus afectos en la dulce, inigualable Francia.

La Sociedad de Ciencias Naturales "La Salle", ha publicado el tomo titulado *Aves de Caza en Venezuela*. Está dedicado a William Phelps, cuyo libro sobre los pájaros en nuestro país es de tanta hermosura y sabiduría; cuya labor toda por el desarrollo de las ciencias naturales, es tan fecunda.

Los cazadores de Semana Santa, gustosos de la caza de aves, no deben olvidar que en épocas de celo o de cría jamás deben perseguir a las especies; que somos temporales usufructuarios de esas riquezas que han de transmitirse a las generaciones venideras. Que ya hemos asolado muchos buenos parajes, donde el venado, el conejo, la guacharaca, antes abundantes, apenas son hoy un recuerdo. El mismo efecto, destructor de los recursos naturales, de la tala y del incendio en los bosques.

La cacería deportiva no es avicidio premeditado y alevoso. Siempre ha de darse a la pieza perseguida, oportunidad para la defensa. La suspicacia y el vuelo rápido y poderoso de perdices, becacinas y patos, los hace, por ejemplo, apropiados para el blanco en la deportiva. Nunca aceptarán los autores de este libro el uso de linternas, el acecho exagerado, la matanza a mansalva, el cerco de cazadores, y otras prácticas alejadas del caballeresco espíritu deportivo, y que únicamente ejercitan los que todavía prefieren una carnicería vil y antipatriótica.

Yo soy un cazador frustrado. En mi casita de campo imaginaria, que desearía como aquella del inolvidable poeta Vicente Fuentes, en Choroni, que tan fiel y

amorosamente nos ha descrito su viuda; en esa casita, colocaría mis libros de caza dilectos, si preferible en un antiguo vargueño venatorio, castellano de origen, con taraceas alusivas de flechas y animales, grabados por ingenua navaja. Hay viejos libros memorables de cetrería. No he podido hacerme de esos vetustos ejemplares. Me contento con evocar al Conde de Niebla, peinando el viento, la selva fatigando, el lebrél gimiendo en el cordón de seda, mientras oía, fuera de los muros de Huelva, la zampona gongorina. Páginas modernas hay, en la literatura de la caza, que equivalen, en prosa —y es decir mucho— a la fábula incomparable de don Luis de Góngora. Por ejemplo, las prologales al libro del Conde Yebes, tituladas por don José Ortega y Gasset *De la Aventura y la Caza*. Hay que releerlas antes de salir con la escopeta por esos campos. Y ahí están unos libros modernos: *El Arte de Cazar*, por Pons; *Los Temas de Caza*, de Blas Caballero; el *Manual del Cazador*, de Aramburu; *Hablemos de Caza*, de M. Settier; *Caza Menor, Anécdotas y Recuerdos*, de Julián Settier; *Cacerías de Europa y América*, de José Lión Depetre; el *Diario de un Cazador*, de Miguel Delibes; *La Caza de la Perdiz con reclamo*, por J. Jara Ortega.

Nuestro don Cecilio Acosta amaba este viril deporte de la Caza. Releamos *La casita blanca*:

*La partida de caza vocinglera
la quinta deje al despuntar el día
ágil salga y festiva la jauría,
atraviase del valle a la ladera.*

*Recorra sin ser vista la cañada
y tras de tramontar los altos cerros,
saltando observes los pintados perros,
entre alegres ladridos, la quebrada;*

*Y después de subir agrio repecho,
de la cima en los altos miradores,
divisen los cansados cazadores
alzarse el humo de pajizo techo.*

En *Cosas sabidas y Cosas por saberse*, don Cecilio nos hace, en prosa, el elogio de la caza. No escojamos una edición separada de ese trabajo capital de don Cecilio. Los editores modernos suelen fijarse en las teorías pedagógicas, en los conceptos sociales y políticos, que tanto encumbran, y lo merecen ciertamente. Pero no paran mientes en estas menudencias de elogios a los helados y la caza, en qué sí nos fijamos los nostálgicos del campo, desterrados en las urbes. Por ello los antólogos y editores de hoy (y que me perdone el fino y querido poeta Rafael Angel Insausti), cortan el texto de don Cecilio en lo que para ellos tiene de ocasional o menudo. Así, en la publicación especial de la *Revista Nacional de Cultura*, setiembre-octubre de 1958, no encontrará el lector que guste de estas amables menudencias, el elogio de la caza por don Cecilio. Yo lo tengo, hace tiempo, manuscrito, en mi privada Antología de la prosa venezolana. He aquí el párrafo maravilloso, de leite de letrados campesinos:

“Tú (supongo yo) te desquitarás ahora con la historia de tu campo. En las diversiones de cacería perseguirás, ora en los espesos matorrales a la lapa, ora en las tendidas lomas al venado, de la una parte los compañeros de monte desparramados en la falda, de la otra, los manchados perros saltando entre alegres ladridos la quebrada; mientras en la casa, que se mira desde lejos, se alza lentamente sobre el techo el humo de la lumbre del almuerzo. Bueno; con tal que eso sea en los días de huelga y de descanso; que en los otros, lo que me gusta es, que el alba te sorprenda a la orilla de tus sembrados, el sol te tueste haciendo el trazo de tus surcos, y la tardecita, desuncidos los pacientes animales, se vayan ellos a su pasto, y tú a tu cena . . .”.

El trozo es una versión prosificada de los versos hecha por el propio autor. Regodeo de profesores para una lección de estilística.

7. *Don Cecilio y los sorbetes*

En las pascuas de 1856, se tomaron en Caracas los primeros helados, se sorbieron los primeros sorbetes. Este alimento exquisito, golosina de niños, jóvenes y ancianos, no sólo ha servido para halago del paladar. La aparición de los helados en Caracas fue un gran suceso. Bajo la pesadumbre dictatorial, en las postrimerías de los Monagas, los helados constituían el obsequio de moda en los salones de Caracas; con el pretexto de este refrigerio, se charlaba sobre la situación política; se estimulaba a Julián Castro cuando venía a la capital, se regalaba a Antonio Leocadio por sus editoriales. Después, muy cuidadosamente conservados en capas de hielo, los helados se enviaron a Valencia, para satisfacción de los congresistas, en los entreactos que dejaba libres la famosa Convención.

El país había ganado inmensamente con el establecimiento de esta nueva industria. No lo decimos nosotros, lo dice uno de nuestros más grandes pensadores: “Los sorbetes sirven de aliciente al espíritu de asociación, matan los rencores y hacen que los hombres se acerquen y se entiendan. La desunión engendra el odio, y el odio no puede vivir sino entre las sombras que forma la distancia. La enemistad es despechada y se aísla para aborrecer; pero en un salón de buena compañía, donde hay generosidad en vez de hiel, la frente se desarruga, y la palabra concilia al fin los sentimientos. Y reuniones de esta especie con tales y con buenos resultados, ¿a quién se deben sino a Aldrey? ¿Quién otro antes de él había proyectado y arriesgado? ¡Se habla de privilegio! ¿Y por qué no se ha solicitado por los que hoy se lo combaten-”.

Este famoso panegírico a los helados, ya lo habrá comprendido el buen catador de estilos, pertenece a don Cecilio Acosta. Don Fausto Teodoro de Aldrey, quien después será el director de *La Opinión Nacional* y defensor de Guzmán Blanco, había recibido el privilegio legal de introducir una industria de neverías y fabricación de helados y sorbetes. Fue atacado el privilegio. Se dijo que no era industria, sino un acto de comercio que no merecía, por tanto, el favorecimiento de que había sido objeto. Quien atacaba era nada menos que *El Foro*, dirigido por el ilustre licenciado don Luis Sanojo, creador de nuestro procedimiento civil. Están en la liza los contendores; don Cecilio argumenta: “En un país como el nuestro, tan

atrasado en industrias, el legislador ha creído estimularlas por la concesión de privilegios. La libertad del tráfico es un principio, pero es otra ley el progreso. Es preciso despertar las necesidades. Así queda justificada la disposición legislativa. ¿No es un pueblo más culto conforme tiene más deseos, más intereses, más recursos, más aspiraciones, más goces? Pues si allá no se puede llegar por un camino, que se llegue por otro. ¿Aquí el medio es indiferente con tal que venga el fin?”.

Don Cecilio considera que su causa es noble, porque lo es ella y porque lo es el combatiente. Altivos pero caballeros, es su divisa. En la discusión no ha habido sino cortesanía. Esa misma cortesanía que brillará en todas las polémicas del manso Cecilio, salvo en el encuentro con Antonio Leocadio, por la desigual estatura moral del oponente. Don Cecilio defenderá, con el seudónimo de Tullius, la paz, como la única fórmula que en nuestros países puede conducir a la libertad, al orden social y al progreso. La teoría de Tullius es la de que las revoluciones desyenan y atrasan, y si ciertamente ama el progreso —entonces deidad de deidades—, creo que éste debe alcanzarse con la evolución pacífica. Clodius, Ildefonso Riera Aguinalde, como combatiente que será en la guerra federal, defenderá la revolución conceptualizada como “el derecho armado”, porque “las revoluciones, si destruyen no atrasan, al contrario, avanzan y civilizan”. En ésta como en otras pugnas periodísticas, la norma será la caballerosidad, el respeto al adversario, la defensa pura de las ideas sin epíteto alguno envilecedor.

Cuando Don Cecilio Acosta defendía el establecimiento de esta modesta industria de los sorbetes, llamada a tanto auge, ya corrían en nuestros predios los vientos del socialismo, abanderado de la industrialización. “Preguntamos de nuevo, ¿el comercio es quien gana menos? Sabíamos otra cosa, sabíamos que la tendencia de todas las industrias es igualarse en utilidades y que está la del comercio tan distante de ser la menos favorecida, que hoy, por el contrario, las otras, especialmente la agricultura, son las que se quejan. La organización del trabajo y el socialismo, de eso han provenído, de ese desequilibrio, real o de opinión”.

Tan estupenda prosa se empleaba dignamente en defensa de los helados como industria, en defensa del privilegio a cuyo amparo había podido crearse esta pequeña industria que promovía la paz, el entendimiento cordial entre los venezolanos. No se había llegado a la perfección de los “Tíos-ricos” ni de los “pastelados”; eran apenas modestos sorbetes, pero ellos servían a la humana convivencia. No se trataba de ninguna empresa ambiciosa, de la industria pesada, por ejemplo, pero don Cecilio será campeón de la industrialización nacional y uno de sus primeros propagandistas. Vendrán después otras generaciones, se escribirán sobre Acosta trabajos diversos, y en ellos influirá el maestro con su vida y con su obra. El autor de alguna tesis de bachillerato sobre Cecilio Acosta será un prohombre político, y una de sus banderas la industrialización acelerada para promover el progreso del presente venezolano. Nos referimos al señor Rómulo Betancourt. El socialismo nacionalista de Acosta está vivo. Es la verdadera tradición la vigencia de lo vivo del pretérito.

Deleitémonos un tanto más con la prosa de Don Cecilio: “Si queremos ahora (volviendo al fin del tema) calificar la operación de los helados, la ciencia, y la ciencia de todos los tiempos, dará una sola calificación, que proviene del camino que se ve seguir a la industria desde que nace hasta que llega al lugar de su consu-

mo. Primero pide a la tierra sus productos, y los amontona y reúne en las eras, en las bodegas y en las trojes, y después los acompaña en su viaje largo o corto, hasta que llegan al mercado. En ese intermedio, debido a que el hombre halla regalo, necesidad y provecho en usar las cosas preparadas, entra la industria a darles forma, y esa industria es la fabril. La fabricación viste, amuebla, engalana, atilda, y ora hace de apartados árboles la taraceada mesa del bufete, ora de la yerba de los saladores el luciente cristal de los festines. La labranza da la materia ruda. La fábrica es el artista que la acondiciona y que la pule, el comercio quien conduce el artefacto hasta el expendio. Toda forma o preparación que venga a ser objeto de demanda permanente pertenece al ramo de las fábricas”.

Sedante prosa siempre. Noble placer de la vida el tomar helados en compañía de la esposa, de la madre, de los hijos, de los amigos, de los compatriotas todos, güelfos o gibelinos. Esa exaltación de los helados la encontrará el buen lector en las *Obras Completas* del maestro, Tomo IV, página 315 y siguientes. Y aún más: recordemos el verso de *La Casita Blanca*: “¡Haya para el placer bebida helada!” Los refrescos, lector, son el mejor, más sano y barato refrigerio. No lo alteremos espiritualmente. Sigamos siendo espirituales, sencillamente espirituales.

8. *Riera Aquinagalde y Cecilio Acosta*

El siglo XVIII marca el apogeo de la polémica en la historia literaria española. La segunda mitad del siglo XIX repite, en los anales venezolanos, la bélica papelería. Ningún galardón máspreciado para el escritor que el título de polemista, aliado a un adjetivo consagrador: brillante, contundente, persuasivo. No es el siglo XIX para nuestra naciente nacionalidad el calificado de “estúpido” por León Daudet: durante su trascurso logramos independencia política, democracia social y libertad civil, siquiera fuese ésta disfrutada a medias, entre constantes alternativas de oligarquías, oscuras dinastías y autocracias letradas. Desde la discusión de ideas religiosas en la “Gaceta de Caracas”, ya la polémica anuncia que va a radicarse en estos predios. Cierto que abunda la personalización y el dicerio, los tiquismiquis, así religiosos, políticos, filosóficos o gramatiqueros; pero, para propio y ejemplar orgullo, se historian también caballerescos torneos.

El año de 1868 se inicia con un memorable debate doctrinario. Tullius y Clodius están en la liza. Las armas resplandecen por igual: ingenio, versación, estilo, cortesanía. No ha tenido Tullius vida pública en los años del dominio conservador, tan grato a sus sentimientos y mentalidad; Vargas, Avila, Espinosa, Cajigal, Sanabria, Navarte, Paúl, han sido sus maestros; condiscípulo menor de Fermín Toro y Juan Vicente González, no ha figurado con ellos en el parlamento ni en la administración; hogareño y recoleto, sumido en la doble adoración de la madre y de los libros, ha oído a distancia el sangriento estruendo de la guerra federal. Tullius está llamado a defender la paz, como “la única fórmula que en países, especialmente como el nuestro, resuelve todas las cuestiones de la libertad, del orden social y del progreso”. Legítimamente envanecidos están los recientes vencedores; se ataca al pasado; y Tullius no puede menos que exclamar: “No nos empobrecamos; no nos amengüemos por el aislamiento; no hagamos trizas nuestra ejecutoria; no botemos nuestras joyas a la calle; no toquemos eternamente la misma matraca, el mismo

monótono son de grillos, cadenas, pontones, cadalso, etc. Habrá quien piense que hasta ahora no tenemos más que lo pasado; nosotros por lo menos decimos que lo pasado es nuestro, nuestra propiedad, nuestro tesoro. No queremos ser venezolanos si eso no nos pertenece". Su teoría es la de que las revoluciones destruyen y atrasan; ama ciertamente el progreso —deidad del siglo— pero creo en su conquista lenta y segura por medio de la evolución pacífica.

Viene Clodius de la guerra. Es un militante; ha sido el periodista de la campaña federal. El mantuanismo regional de su apellido no le impide a él ni a su familia toda, estar de parte de quienes proclaman nuevas conquistas sociales en nombre del liberalismo. Sostiene la eficacia de las revoluciones en la evolución del progreso. "La bandera federal triunfante, ha cambiado, mejorando, las instituciones". "El pueblo se sienta bajo del solio, y el humilde de todos los tiempos es ahora rey. ¿Quién lo destronará?" "Las revoluciones, si destruyen, no atrasan: las revoluciones, al contrario, avanzan y civilizan". No confundamos como sinónimos guerra y revolución: para Clodius la revolución es "el derecho armado".

La doctrinaria discusión señala un hito en la historia de nuestras ideas políticas. Pero ¡qué de finura de trato la de estos polemistas! No se escapa un solo vocablo hiriente; sólo se barajan ideas, hechos, interpretaciones; si alguno de los contendientes ha malentendido una frase, ahí está la explicación cortés y halagadora, más bien empalagosa. Aún están vivas las pasiones banderizas en el ambiente, pero los contrincantes jamás pierden la distinción y aplomo propios de su hidalguía moral. En plena lid, Tullius tiene para Clodius estos conceptos: "Fácil, terso, rico, brillante, apasionado e ingenioso en su lenguaje, en su estilo y en su lucha, asiste uno a ella como a un torneo antiguo. Pelea por su dama, por su arnés, por su divisa y por un mote de gloria o un emblema de escudo. Con razón convence, aún sin razón admira. Es noble el contendor". ¡Cuánto habremos de aprender en la evocación de estos ideólogos en combate!

La polémica no ha agriado estos caracteres; no ha entorpecido las relaciones entre los contendores; al contrario, la amistad entre Tullius y Clodius se intima, se anuda con más fuertes lazos: la amistad entre Cecilio Acosta e Ildefonso Riera Aguinagalde, que habría de ser sincerísima y permanente mientras vivieron.

No es Riera Aguinagalde un político profesional. Probo e idealista, se disgusta con Falcón por el giro que toman los sucesos después de la victoria. En Barquisimeto forma parte, con el doctor Agustín Agüero y el Presbítero Ildefonso Escalona, del gobierno plural de la provincia, triunvirato provisorio nombrado el 15 de abril de 1863. El Decreto de Garantías sírvele a Riera Aguinagalde de apoyo y pretexto para ampliar su acción de tolerancia y armonía; pugna en favor de la cultura, en medio de las dificultades y mezquindades que le rodean; pero, desgraciadamente, es efímero el gobierno del triunvirato: ya se vislumbra el filo del machete del general Nicolás Patiño. Desligado del manejo directo de la cosa pública, no regresa Riera Aguinagalde a Caracas; va y viene de Carora a Curarigua, de Curarigua a Barquisimeto. Todavía le revuelan en la cabeza las ilusiones por una más alta y mejor política, y estas andanzas dicen cómo reacciona ya contra los entuertos del liberalismo mandante y cambia de color su bandera partidaria: nuestro personaje está en recados comprometedores con los "azules".

Ya está en Barquisimeto, en una de sus giras. El doctor Pablo Acosta, residente allí, hace una visita al doctor Agüero. Y Agüero le dice prestamente: Pablo, ¿no sabes que está aquí el andariego de Ildefonso? El rostro del doctor Acosta cobra alegres rasgos. Ya buscará a su amigo Ildefonso para conversar largamente. En esa posterior conversación, le mostrará Pablo una carta de su hermano Cecilio. Está fechada en 23 de enero de 1876. La lee Riera Aguinagalde con atención y regocijo. Relee, con excusable satisfacción egoísta, el penúltimo de sus párrafos:

“Esta carta sería incompleta si no fuese también para Ildefonso, a quien así mismo pertenece, como le pertenece mi corazón porque le ama, y mi entusiasmo porque le admira: carácter como pocos, noble, y alma enriquecida con todos los dones del ingenio sólo, que nadie se aprovecha de sus frutos, con ser tántos; y que no quiere vencer a Héctor siendo Aquiles. Ildefonso nació con privilegio de Dios, por su palabra, por su pluma, porque jamás anda sin dejar huellas, y porque casi habla, cuando habla en serio, en oráculo”. Pero las líneas del último párrafo le conmueven: “Estoy muy pobre. No tengo para pagar el porte de esa carta para Ospino, que pondrás en la estafeta...”.

Ildefonso da un abrazo de despedida a su amigo, hermano del amigo entrañable, y sale de la casa sin pronunciar palabra.

Finaliza el año de 1876. Sabe Ildefonso la noticia de la muerte de la madre de Cecilio, y le escribe una carta transida de dolor fraterno. Cecilio responderá con una de sus más tiernas e íntimas confidencias, inapreciable documento para el estudio de su espíritu: retrata allí el hogar en donde se formó al calor del amor maternal, con el más dulce acento elegíaco de que pueda saturarse la prosa castellana. Ya para terminar esa misiva, Cecilio dice: “La tuya (carta) ha sido aquí muy celebrada y muy solicitada. Yo diré que eso no puede ser de otro modo, porque así como todo árbol da sus frutos, tú das tu talento, que es portentoso. No hay quien no lo diga y tú lo pruebas”.

NUEVAS FACETAS*

9. *Hueca y sin lumbré*

La casa es de una puerta y dos ventanas de madera. Piso de ladrillos, amarillentas las paredes. Hace un siglo, de Velásquez a Santa Rosalía 103 (hasta hace poco funcionaba allí una venta de comestibles y bebestibles, qué digo, de comidas y bebidas), expiraba allí por la mañana del 8 de julio, Cecilio Acosta. Setenta mil habitantes cuenta la ciudad. Los cuatro ríos que la constituyeron paraíso, corren límpidos. Hay un equilibrio entre la naturaleza y el hombre. La ciudad, derruida desde el terremoto de 1812, comienza a renovarse. Caracas tiene un alma todavía. Sólo la matará el oleaginoso azufre.

El agonizante es Licenciado en Teología y Derecho Civil, Agrimensor egresado de la Academia Militar de Matemáticas, ha sido Catedrático de Legislación y

* Discurso pronunciado en el Paraninfo de las Academias, sesión solemne del día 13 de julio de 1981.

Economía en la Universidad Central; Profesor de Filosofía en el Colegio de Caracas; Secretario de la Facultad de Humanidades; redactor del Código Penal y otros cuerpos legislativos, ha actuado largamente en los tribunales; periodista, alto periodista, o mejor, ensayista, ha escrito mucho sobre jurisprudencia, leyes, política, historia, literatura; ha pronunciado discursos elocuentes; todos le conocen por sabio, bueno, humilde, buen ciudadano, buen hijo, buen hermano, buen amigo. Allí está en la antesala el moribundo. Lo atiende su médico de cabecera, doctor Elías Rodríguez, quien ha diagnosticado “neuropatía” la enfermedad de que padece; cerca, su hermano Don Pablo y su sobrino Pablo Acosta Ortiz, gran cirujano del mañana; el moribundo ha testado hace pocos días: deja la casita donde vive, unos cuantos muebles, unos libros, nada de dinero, y pide a sus albaceas se paguen los gastos de entierro y otros por la enfermedad, con la venta de esos bienes; lo restante para su hermano y cuñada. También están en la antesala el cubano José Martí, que anda en gestiones por la libertad de su isla; los jóvenes universitarios Lisandro Alvarado y José Gil Fortoul. En el patio conversan Eduardo Calcaño, Arístides Rojas, Félix Soubllette, Felipe Tejera, Marco-Antonio Saluzzo, Morales Marcano (quien dirá alguna vez sobre su tumba, con justo despecho: “aquí yace un americano verdaderamente ilustre”)... Una lluvia impertinente aleja a muchos de los amigos. Quedan pocos devotos cuando expira el independiente pensador artista. ¡Ha muerto! Su hermano se deshace en lágrimas, como hace un lustro Cecilio ante el cadáver de la madre, su único sostén espiritual sobre la tierra, a más de las letras; hincado está Don Pablo mientras reza el Padre Nuestro.

Vestido de negro, alta la frente, solemne en su apostura de desterrado, el hijo de Bolívar que vino a pedirle a la Estatua la lección bronceada de la perseverancia y de la fe. Urde en su cabeza el comienzo de su panegírico impar:

“Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlo es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres: se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconsuelo ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!”

10. *Deber de las Academias*

Comparecen aquí las Academias, fundadas después de su muerte, y a todas las cuales hubiera pertenecido de pleno derecho; a rendirle la pleitesía debida.

La Academia de Ciencias Políticas y Sociales no puede olvidar al jurisconsulto que trató doctamente sobre Derecho Internacional, Economía Política, Jurisprudencia Civil y Mercantil, Derecho Constitucional, Los Partidos Políticos, uno de los redactores del Código Penal sancionado y expedido durante la primera Administración Guzmán Blanco (1870-77); quien escribió páginas maestras sobre problemas sociales y políticos hispanoamericanos: autoridad y libertad, democracia, cohesión y paz sociales. Claro que de entonces acá ha corrido bastante agua vertiginosa bajo los puentes; sin embargo, es vigente la fuerza de su pensamiento.

No obstante su absoluta fe católica, Acosta comienza a pagar tributo al positivismo, y escribe: "Las leyes, así sociales como naturales, son inexorables: se las puede estudiar y aprender; pero nadie puede inventarlas, modificarlas, desconocerlas ni infringirlas". (*Obras*, I, 264). Hoy, nadie habla de leyes con rigor matemático en las ciencias sociales; el conocimiento científico no es siempre un conocimiento de leyes; la historia y la sociología son ciencias culturales, no naturales, y cabe en ellas tanto la intuición como el arte.

La Academia Nacional de la Historia no sólo se inclina ante el nombre de quien, en recoleta vida, formó hombres y los sigue formando; también hizo alta historia cultural y se ocupó de analizar la problemática histórica.

"La historia misma, con ser tan grave, tiene su musa, que no es menos que el numen que traza o el pincel que pule, el azote de Tácito o la oracular palabra de Bossuet o de Guizot; y no puede ser de otro modo, porque con frecuencia se desintegra la verdad si se le quita la pasión" (*Obras*, III, 144-45). Ciertamente que la imparcialidad es norte y bitácora del historiador, pero el duendecillo subjetivo se cuela por los intersticios, y si la pasión es noble, vale el decir evangélico: *nada grande se hace sin pasión*. Tampoco la historia. "Lo difícil de la historia no son los hechos que se recogen como granos en trojes llenas: lo difícil está en escogerlos, clasificarlos, y formar con ellos un todo uno" (*Obras*, III, 82). "Muchas veces los errores históricos no nacen sino de la negligencia, mayormente cuando la verdad está desparrramada, como perdida en un millón de hechos de los cuales cada uno oculta un rayo y se hace indispensable llevarlos todos o los que se pueda a un mismo foco" (*Obras*, V, 102).

La Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Artes de Caracas celebró —1869— un certamen literario en obsequio a la Real Academia Española de la Lengua, por haber esta ilustre Corporación distinguido con el título de Miembro correspondiente extranjero a Don Cecilio Acosta. Fueron sus padrinos proponentes D. Leopoldo Augusto de Cueto, Don Eugenio de Ochoa y Don Ramón de Campoamor. Hasta entonces la Real Definidora sólo había elegido siete correspondientes extranjeros, entre ellos únicamente dos hispanoamericanos: D. Felipe Pardo y Aliaga (Perú), y D. Ricardo Ovidio Limardo (Venezuela). Hizo entonces el elogio de Acosta, nuestro gran internacionalista D. Rafael Seijas. Don Cecilio desarrolló el tema: *las bellas letras son, en el pueblo que las cultiva, el cultivo de su espíritu*, tenido entonces por muchos, hasta por adversarios de Acosta, como el mejor discurso oído en Venezuela. Acosta mereció de sus contemporáneos justos elogios como escritor. Cánovas del Castillo, López de Ayala, Aureliano Fernández Guerra y Orbe, según testimonios del Marqués de Rojas, altamente le apreciaron en España. Miguel Antonio Caro (a quien envió su retrato y con quien se carteaba en verso), Torres Caicedo, Adriano Páez, José María Samper, Rufino José Cuervo, colombianos ilustres, dieron muestras de tenerlo en alta estima intelectual; desde Víctor Antonio Zerpa, Juan de Dios Méndez y Mendoza, Picón Febres, Alvarado, Gil Fortoul, Carnevali Monreal, hasta los Uslar Pietri, René De Sola, Salcedo Bastardo, Díaz Seijas, Armas Chitty, Venegas Filardo, por sólo mentar inquilinos ad-honorem de este Palacio de las Academias. A la Real Española envió D. Cecilio, como contribución para el Diccionario, más de mil cédulas.

Los mayores estilistas venezolanos: el culterano Oviedo y Baños, Baralt, Toro, Acosta, Zumeta, Díaz Rodríguez, Picón Salas, sin duda gustaron de oírse a sí mismos (como de Acosta dijo Don Marcelino), pero la elegancia, fluencia, sonoridad, armonía, no quitan el pensamiento profundo y certero ni los análisis y síntesis cautivantes.

Sin duda la prosa de D. Cecilio Acosta es par de la de los artífices del siglo de oro español, que tanto había estudiado y amado, esto, sin imitación servil, porque no se trata de un pseudo-clásico, ni tan siquiera de un neo-clásico, sino de un clásico total. Poeta de la prosa, la poesía no se le dio don idéntica facilidad y lustre, como tampoco regaló el Cielo con esa gracia ni a nuestro Juan Vicente González ni al mismísimo César de la lengua, Miguel El Manco, cuya es la glosa; sin embargo, ni *La Casita Blanca* ni el dístico a una niña difunta pueden ni deben ser olvidados. Acaso, por su propio carácter suave y apacible de ordinario, Acosta aumente las mieles de su dicción, “abeja querida de todas las flores” cual le calificó Baralt, de donde aparece Acosta como el antecedente de la prosa modernista, Saturno, en el sentido de Padre, no de cruel filicida, de los modernistas venezolanos, en concepto de Julio Planchart.

Docto en latín y lenguas y literatura modernas, redactó mensajes al Vaticano con rúbrica de mitras y morados sobrepellices. Sus trabajos filológicos y los cuadros históricos en que resume épocas (en esto no es menos que Guizot u Oliveira Martins); y las frases lapidarias con que condensa figuras, hechos, horizontes ideológicos y culturales, muestran ciertamente un verdadero maestro humanista, dueño de estilo y pensar propios.

11. *El Padre de la Verdad*

Sesenta y tres años contaba al morir. Había sido bautizado en San Diego de los Altos el 3 de febrero de 1818. “La Opinión Nacional” dice en nota necrológica del 9 de julio de 1881, que “sus trabajos fueron siempre admirados y aplaudidos por la elevación de sus ideas, la elocuencia del lenguaje y lo correcto del estilo”. Eso decía el diario de los Guzmán.

En todo tiempo y circunstancia fueron nobles, elevadas, sus ideas, como lo fue su conducta. Si exalta a Páez en 1847, es porque Antonio Leocadio amenaza con toda su insidia e interesada versatilidad, acabar con la República “en forma” creada por aquel Centinela de la Patria, Centauro de la lanza y de la pluma, mitad héroe y mitad estadista. Si saluda a José Tadeo Monagas en nombre de la Universidad es porque confía, en un acto de fe y esperanza civilistas, que no se vulnerarán los fueros del Estado de Derecho; herencia, principios y fortuna signan a Monagas como conservador, amigo de Bolívar y sostenedor de la Gran Colombia; y si José Tadeo se apoya después en el liberalismo amarillo, el liberal manchesteriano que es Acosta, está lejos de ese tipo de liberalismo criollo, y cerca del conservatismo de Toro o Espinal: gobierno de leyes, ejercicio de todas las libertades, el *dar* y no el *quitar*. Temperamento ciclotímico, cuando es herido en su mansedumbre, responde con inusitada violencia. De *Los Espectros que son y un espectro que va a ser* surgen los verdaderos siete diablillos de la leyenda, que se llevarán el alma viva de Antonio Leocadio. “Es preciso traer para residenciar aquí al Viejo Impenitente,

al llamado por sí mismo Prócer del 46, al amigo de Bolívar porque le proscribió, y del pueblo porque lo engañó, al falso Profeta, al Practicón político, al Evangelista sin fe, al sabio sin ciencia, a la Máquina de palabras vacías y siempre las mismas, al Diccionario sin definiciones" . . . "Tú no has sido el fundador del partido liberal, porque no lo fuiste en verdad y porque al fin lo traicionaste. Lo fueron la nobilísima familia Ayalas y Muñoces, sin cuyo martirio y cuyos hechos, como los de los Régulos y Camilos de la antigua Roma, tendría Colombia para ennoblecer sus anales. Lo fueron los Carabaños, de ingenio fácil y patriotismo ardiente. Lo fueron los Monagas, tan bizarros en el campo de batalla como amigos de Bolívar. Lo fue Aranda, el gran escritor y estadista, como no hubo ninguno superior, mientras vivió. Lo fue Mariano Montilla, el conquistador de Cartagena y el padre de la cortesanía y de las gracias. Lo fue Tomás Lander, el pensamiento profundo, la sal de ingenio y el chiste cáustico. Lo fue Francisco Mejía, nuestro Néstor hoy, y varón que ha vivido para la Patria como un alumno para la libertad. Lo fue Manuel María Echeandía, el enamorado de ella, el paladín de los principios y el Tancredo del progreso. Lo fue Tomás José Sanavria, el eminente abogado, el promotor de los estudios universitarios, y que tenía de hombre público, de magistrado y caballero. Lo fue Diego Ibarra, el edecán amado de Bolívar. Lo fue Luis Blanco, que murió sin remordimiento propio ni ofensa ajena. Lo fue el General José Félix Blanco, cuya probidad, inteligencia y patriotismo será ejemplo postrero y gloria patria. Lo fueron, mil otros, como el gremio agrícola casi en masa, y deajo de contar".

En esos párrafos de su extraordinaria defensa, abunda la síntesis calificadora, la frase conceptuosa y lapidaria, como en el Discurso de la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras.

Moralmente, Antonio Leocadio, Padre de la Mentira, es el polo opuesto de Cecilio Acosta. Con ese ajusticiamiento intelectual, moral, social y político de Antonio Leocadio, 15 de noviembre de 1877, Acosta sellaba su actitud contra el liberalismo de Leocadios y Antonios. Mal podía estar en la Adoración Perpetua. "La lisonja es vileza, y además de eso, mentira. Es viento que siempre seca nuestra tinta" (*Obras*, V, 255).

12. *La democracia*

¿En qué consiste la democracia?

"En abrir caminos a todas las aspiraciones, en hacer comunes en lo posible, sin daño ajeno, los dones de Dios; no es falsificar su obra, queriendo igualar el cedro con la caña, y destruyendo aquella escala de la virtud y del mérito, que es derecho propio e igualdad de la justicia" (*Obras*, V, 267).

Y si en esa democracia, abusando de la libertad, unas facciones desacreditan a las otras; si los partidos exageran sus contradicciones con recíprocos insultos, entonces se depauperan y desvalorizan por igual, mostrando ante el soberano sólo lagañas, pelo hirsuto, largas uñas, negligencia y suciedad en todo. Por eso Acosta recuerda: "No mintamos odios que tenemos en los labios sin tenerlos en el corazón, y acordémonos que somos venezolanos, hijos de la tierra dotada de la índole más dulce que tiene el globo" (*Obras*, I, 267).

¿Por qué parlamentarios de tales partidos, en vez de gastar saliva y tinta en mutuas reconvenções suicidas, no se dedican a la tarea de legislar, que es su función propia?

En los comentarios a la Legislación Comercial Comparada de D. Ricardo Ovidio Limardo, Acosta expone su anhelo de que se elaboren las leyes secundarias que complementan la Constitución. Pareciera que hablase a los actuales legisladores, porque la Constitución venezolana de 1961, vigente, carece todavía de la mayor parte de las leyes complementarias que pudieran hacerla efectiva y eficaz.

Verdad, modestia, decoro, lealtad, patriotismo, sinceridad, mansedumbre (dentro de una máxima hombría moral), son características de Cecilio Acosta. Antonio Leocadio Guzmán: Padre de la Mentira. Cecilio Acosta: Padre de la Verdad.

13. *La violencia*

Lugar común del marxismo es el de que la violencia es la partera de la historia. Mi paisano caroreño Ildefonso Riera Aguinalgalde (*Clodius*), sostendrá, frente a Cecilio Acosta (*Tullius*), que “las revoluciones si destruyen no atrasan, al contrario, avanzan y civilizan”. La revolución es “el derecho armado”, y precisa distinguirla de la guerra. Acosta defenderá la paz, como la única fórmula que en nuestros países puede conducir a la libertad, al orden social y al progreso. Quien cree en leyes de evolución forzosa, ha de aceptar la idea del progreso, o de mayor y continua perfección del género humano. Hoy, se acentúa la idea de discontinuidad histórica y no es imperativa la idea del progreso, amable ilusión del pasado. Lo hemos afirmado en otro lugar: *sin evolución no hay historia, pero la historia no es evolución*. Siempre cabe esperar regresiones y disminuciones de valores. Pareciera más realista Juan Bautista Vico con su concepción de la historia en espiral: adelantos y regresos periódicos.

Cecilio Acosta señalaba a Riera Aguinalgalde que “la Revolución Francesa fue grande, sin duda, pero tuvo la grandeza del incendio; y en cuanto a los frutos que dejó, sin duda benéficos para la humanidad, la grandeza le vino de la labor pacífica de los siglos anteriores. Convenido: es un acontecimiento extraordinario; y si no se hubiera destruido tanto, más quedara de lo pasado. La gran revolución inglesa del siglo anterior tuvo menos desastres, y siendo tan justificada como la de Francia, tuvo mejores resultados para el país”.

Evolución. Revolución. Peor que todo es la involución que, al compás del populismo y los ejercicios castrenses, han tenido algunos de los más avanzados pueblos de nuestro hemisferio.

14. *Limpias las alas*

Pertenece Acosta a la apolínea falange de nuestros creadores: Bello, Toro, Acosta, Picón Salas, paralela a la línea dionisiaca de los Bolívar (“cabeza de los milagros y lengua de las maravillas”), Juan Vicente González, Blanco Fombona, José Rafael Pocaterra. Lo dionisiaco es ebriedad, suelto instinto, porque humano es ser mitad divino, mitad cabrío, como los sátiros en el coro de Dionisos. (Recuer-

do mi complacencia de jugador a los contrarios, cuando me detenía placenteramente en la esquina y ante la escultura de San Sátyro, vía Torino, 19, en Milán). Lo apolíneo es número, medida, templanza, equilibrio, *sophrosine*, dominio de lo instintivo.

Aprendimos de Nietzsche esa dicotomía, él, quien junto a Marx, Freud y Einstein, han revolucionado una época. Marx dio a la historia como estructura la economía, con su motor: lucha de clases; hoy se pesan tanto los factores ideológicos o morales, el ansia de libertad o el resentimiento, y no como simples vegetaciones supra-estructurales; y la lucha de estratos culturales se contraponen a la de clases, pluralismo explicativo de la historia. Freud liberó el instinto y nos hizo dudar, como efectivamente dudamos, de la racionalidad del hombre, victimario de la naturaleza, con la trágica perspectiva nuclear de la extinción de la humanidad; y hemos vuelto a creer, con oriental vuelvan caras, en sueños, magias, líbidos y complejos ancestrales. Einstein nos explicó la teoría del espacio y tiempo, de modo que la distancia de un punto a otro cambia de un momento a otro, constantemente en virtud de la relatividad, idea que contaminó la filosofía.

Este apolíneo Cecilio Acosta, que armonizaba razón y fe; católico por universal, no habiendo salido de Caracas; apostólico por la idea de selección, cuya docena de discípulos se multiplica; romano por la idea de jerarquía y por el culto a la tradición humanística grecolatina; este apolíneo Cecilio Acosta, nos dejó en testamento la mejor herencia: el ejemplo de su conducta prístina y la imperecedera belleza de sus contenidos y formas verbales. Predicador de tolerancia, la equivocación del honor fue su único fanatismo. Confió en el pueblo de tal modo que, para él, "un día de amor del pueblo vale más que toda la historia de los reyes" (*Obras*, IV, 63); y podemos asegurar, a un siglo de su fallecimiento, que murió bien, no sólo por el consuelo de los sacramentos, sino porque "el hombre muere bien donde la honra al morir recoge y guarda su nombre" (*Obras*, II, 106).

"Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas", dijo el héroe y apóstol cubano José Martí, que allá, en el Elíseo de la gloria hispanoamericana, sentado está a la diestra de Bolívar, Padre Libertador.

Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas.